

D. ELEUTERIO.

Nada, ni un ochavo. Ya sabe V. las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta ó no.

D. HERMÓGENES.

¡Oh, corvas almas! ¡Y precisamente en la ocasion mas crítica para mí! Bien dice Tito Livio, que cuando...

D. ELEUTERIO.

Pues ¿qué hay de nuevo?

D. HERMÓGENES.

Ese bruto de mi casero.... El hombre mas ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, me amenaza....

D. ELEUTERIO.

No hay que afligirse. Mañana ó esotro es regular que me den el dinero: pagaremos á ese bribon; y si tiene V. algun pico en la hosteria, tambien se....

D. HERMÓGENES.

Sí, aun hay un piquillo; cosa corta.

D. ELEUTERIO.

Pues bien: con la impresion lo menos ganaré cuatro mil reales.

D. HERMÓGENES.

Lo menos. Se vende toda seguramente.

(Vase Pipi por la puerta del foro.)

D. ELEUTERIO.

Pues con ese dinero saldremos de apuros: se adornará el cuarto nuevo; unas sillas, una cama y algun otro chisme. Se casa V. Mariquita, como V. sabe, es aplicada, hacendosilla y muy muger: Vds. estarán en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo,

se venden: entretanto ya tendré algunas hechas, y otras en el telar. Vaya, no hay que temer. Y sobre todo, V. saldrá colocado de hoy á mañana: una intendencia, una toga, una embajada, ¿qué sé yo? Ello es que el Ministro le estima á V.: ¿no es verdad?

D. HERMÓGENES.

Tres visitas le hago cada dia.

D. ELEUTERIO.

Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mugeres ya estarán....

D. HERMÓGENES.

Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

D. ELEUTERIO.

¿Y qué dice?

D. HERMÓGENES.

En uno de ellos puse por lema aquel celeberrimo dicho del Poeta: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas regumque turres.*

D. ELEUTERIO.

¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

D. HERMÓGENES.

Que bien; que ya está enterado de mi solicitud.

D. ELEUTERIO.

¡Pues, no le digo á V.! Vamos, eso está conseguido.

D. HERMÓGENES.

Mucho lo deseo, para que á este consorcio apetecido acompañe el episodio de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Bacho friget Venus.* Y entonces, oh! entonces... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el Cielo me conceda numerosa y masculina sucesion.

(Vanse por la puerta del foro.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, D. SERAPIO, D. HERMOGENES, D. ELEUTERIO.

(Salen por la puerta del foro.)

D. SERAPIO.

El trueque de los puñales, créame V., es de lo mejor que se ha visto.

D. ELEUTERIO.

¿Y el sueño del emperador?

D. AGUSTINA.

¿Y la oracion que hace el visir á sus ídolos?

D. MARIQUITA.

Pero á mí me parece que no es regular que el emperador se durmiera, precisamente en la ocasion mas....

D. HERMÓGENES.

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al cerebro....

D. AGUSTINA.

Pero ¿V. hace caso de ella? ¿Que tontería! Si no sabe lo que se dice... Y á todo esto, ¿que hora tenemos?

D. SERAPIO.

Serán... Deje V. Podrán ser ahora...

D. HERMÓGENES.

Aquí está mi reloj (Saca su reloj.) que es puntualísimo. Tres y media cabales.

D. AGUSTINA.

Oh! pues aun tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente. (Siéntanse todos, menos don Eleuterio.)

D. SERAPIO.

¿Que gente ha de haber? Si fuera en otro cualquier dia.... pero hoy todo el mundo va á la comedia.

D. AGUSTINA.

Estará lleno, lleno.

D. SERAPIO.

Habrá hombre que dará esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

D. ELEUTERIO.

Ya se ve... comedia nueva, autor nuevo, y....

D. AGUSTINA.

Y que ya la habrán leído muchísimos, y sabrán lo que es. Vaya, no cabrá un alfiler, aunque fuera el coliseo siete veces mas grande.

D. SERAPIO.

Hoy los chorizos se mueren de frio y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la Graciosa seis onzas de oro á que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

D. ELEUTERIO.

¿Con que la apuesta se hizo en efecto? Eh?

D. SERAPIO.

No llegó el caso, porque yo no tenía en el bolsillo mas que dos reales y unos cuartos.... Pero ¡como los hice rabiarse! y que....

D. ELEUTERIO.

Soy con Vds.; voy aquí á la librería, y vuelvo.

D. AGUSTINA.

¿A qué?

D. ELEUTERIO.

¿No te lo he dicho? Si encargué

que me trajesen ahí la razón de lo que va vendido, para que....

D^a. AGUSTINA.

Sí, es verdad. Vuelve presto.

D. ELEUTERIO, *yéndose.*

Al instante.

D^a. MARIQUITA.

¡Que inquietud! que ir y venir! No pára este hombre.

D^a. AGUSTINA.

Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia, y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

D^a. MARIQUITA.

¿Y quien sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas; porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

D^a. AGUSTINA.

Pero ¿porque la han de silbar, ignorante? ¡Que tonta eres, y que falta de comprensión!

D^a. MARIQUITA.

Pues; siempre me está V. diciendo eso. (*Sale Pipí por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve á irse por la misma parte.*) Vaya, que algunas veces me.... ¡Ay, don Hermógenes! no sabe V. qué ganas tengo de ver estas cosas concluidas, y poderme ir á comer un pedazo de pan con quietud á mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

D. HERMÓGENES.

No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo, me tiene á mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

D^a. MARIQUITA.

¡Suspirado, sí, suspirado! ¡Quien le creyera á V.!

D. HERMÓGENES.

Pues ¿quien ama tan de veras como yo? Cuando ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los Selúcidas de Asiria sintieron jamás un amor comparable al mío?

D^a. AGUSTINA.

¡Discreta hipóbole! Viva, viva. Respóndele, bruto

D^a. MARIQUITA.

¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

D^a. AGUSTINA.

¡Me desespera!

D^a. MARIQUITA.

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quien son esas gentes de quien está hablando? Mire V., para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos case-mos. Así que su hermano de V. coja esos cuartos, verá V. como todo se dispone; porque la quiero á V. mucho, y es V. muy guapa muchacha, y tiene V. unos ojos muy peregrinos, y.... ¿Qué sé yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

D^a. AGUSTINA.

Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza ni talento, ni saben latin.

D^a. MARIQUITA.

¡Pues, latin! Maldito sea su latin. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latin; y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores... Mire V. qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

D^a. AGUSTINA.

¡Que ignorancia! Vaya, don Hermógenes; lo que le he dicho á V. Es menester que V. se dedique á instruir-la y descortezarla; porque, la verdad,

esa estupidez me avergüenza. Yo, bien sabe Dios que no he podido mas: ya se ve, ocupada continuamente en ayudar á mi marido en sus obras, en corregirselas (como V. habrá visto muchas veces), en sugerirle ideas á fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increíble lo que aquellas criaturas me molestan. El uno que hora, el otro que quiere mamar, el otro que rompió la taza, el otro que se cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya; yo lo he dicho mil veces: para las mugeres instruidas es un tormento la fecundidad.

D^a. MARIQUITA.

Tormento! ¡Vaya, hermana, que V. es singular en todas sus cosas! Pues yo, si me caso, bien sabe Dios que...

D^a. AGUSTINA.

Calla, majadera, que vas á decir un disparate.

D. HERMÓGENES.

Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia; haré que copie á ratos perdidos el *Arte magna* de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los mártres dos ó tres hojas del *Diccionario* de Rubiños. Despues aprenderá los logarismos y algo de la estática; despues....

D^a. MARIQUITA.

Despues me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No señor: si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé aplanchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa: yo cuidaré de la mia, y de mi marido, y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues señor, ¿no sé bastante? ¡Que por fuerza he de ser doctora y

marisabidilla, y que he de aprender la gramática, y que he de hacer copias! Para qué? para perder el juicio? que permita Dios si no parece casa de locos la nuestra, desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y muger sobre si la escena es larga ó corta, siempre contando las letras por los dedos para saber si los versos están cabales ó no, si el lance á oscuras ha de ser antes de la batalla ó despues del veneno, y manoseando continuamente *gacetas* y *mercurios* para buscar nombres bien estravagantes, que casi todos acaban en *of* y en *graf*, para embutir con ellos sus relaciones.... Y entretanto ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen; y lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece á V. que comimos el domingo pasado, don Serapio?

D. SERAPIO.

¡Yo, señora! ¿Como quiere V. que...

D^a. MARIQUITA.

Pues lléveme Dios, si todo el banquete no se redujo á libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré á la puerta, y un pedazo de rosca que sobró del dia anterior. Y éramos seis bocas á comer, que el mas desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

D^a. AGUSTINA.

Esta es su cancion: siempre quejándose de que no come, y trabaja mucho. Menos cómo yo, y mas trabajo en un rato que me ponga á corregir alguna escena, ó arreglar la ilusion de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando, ú ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

D. HERMÓGENES.

Sí, Mariquita, sí: en eso tiene razón

mi señora doña Agustina. Hay gran diferencia de un trabajo á otro; y los experimentos cotidianos nos enseñan que toda muger que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertacion que leí á la Academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confectacionan con la glándula pineal, y los calzoncillos con los tres dedos llamador *pollex, index, é infamis*: que es decir, que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio; cuando para lo segundo basta solo la costumbre de la mano. Y concluí, á satisfaccion de todo mi auditorio, que es mas difícil hacer un soneto, que pegar un hembrillo; y que mas elogio merece la muger que sepa componer décimas y redondillas, que la que solo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo, ó un carnero verde.

D.^a MARIQUITA.

Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya se ve: en comiendo versos no se necesita cocina.

D. HERMÓGENES.

Bien está, sea lo que V. quiera, ídolo mio; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez (*angustam pauperiem*, que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

D.^a MARIQUITA.

¿Y qué dice el profano? que no silbarán esta tarde la comedia?

D. HERMÓGENES.

No señora, la aplaudirán.

D. SERAPIO.

Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

D.^a MARIQUITA.

No, pues no decian eso ayer los que encontramos en la botillería. ¿Se

acuerda V., hermana? Y aquel mas alto, á fe que no se mordía la lengua.

D. SERAPIO.

Alto? uno alto, eh? Ya le conozco. (*Se levanta.*) ¡Picaron, vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices. Bribon! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra Compañía. Alborotador! que él fue el que tuvo la culpa de que silbaran la comedia de *El Monstruo mas espantable del ponto de Calidonia*, que la hizo un sastre pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al....

D.^a MARIQUITA.

¿Que tonterias está V. ahí diciendo? Si no es ese de quien yo hablo.

D. SERAPIO.

Sí, uno alto, mala traza, con una señal que le coge....

D.^a MARIQUITA.

Si no es ese.

D. SERAPIO.

¡Mayor gatallon! ¡Y que mala vida dió á su muger! Pobrecita! Lo mismo la trataba que á un perro.

D.^a MARIQUITA.

Pero si no es ese, dale. ¿A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente; que no tiene ni capa ni chirlo, ni se parece en nada al que V. nos pinta.

D. SERAPIO.

Ya; pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera.... eh!... Pero el otro dia ¡que cosas le dijimos allí en la plazuela de San Juan! Empeñado en que la otra Compañía es la mejor, y que no hay quien la tosa. ¿Y saben Vds. (*Vuelve á sentarse.*) por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo á casa de la Ramirez, y allí se están parlando en el

citurnidad y admiracion á la turba mas gárrula, mas desenfrenada é insipiente.

D.^a AGUSTINA.

Pues ya se ve. Figúrese V. una comedia heróica como esta, con mas de nueve lances que tiene. Un desafio á caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un entierro, una funcion de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuégo, y un ajusticiado: figúrese V. si esto ha de gustar precisamente.

D. SERAPIO.

¡Toma si gustará!

D. HERMÓGENES.

Aturdirá.

D. SERAPIO.

Se despoblará Madrid por ir á verla.

D.^a MARIQUITA.

Y á mí me parece que unas comedias así debian representarse en la plaza de los toros.

ESCENA II.

D. ELEUTERIO, D.^a AGUSTINA,
D.^a MARIQUITA, D. SERAPIO,
D. HERMOGENES.

D.^a AGUSTINA.

Y bien, ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

D. ELEUTERIO.

Hasta ahora....

D.^a AGUSTINA.

Deja; me parece que voy á acertar: habrá vendido.... ¿Cuando se pusieron los carteles?

D. ELEUTERIO.

Ayer por la mañana. Tres ó cuatro hice poner en cada esquina.

D. SERAPIO.

Ah! y cuide V. (*Levántase.*) que les pongan buen engrudo, porque si no...

recibimiento con la criada: despues les saca un poco de queso, ó unos pimientos en vinagre, ó así; y luego se van á palmotear como desesperados á las barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio: ya estamos prevenidos los apasionados de acá; y á la primera comedia que echen en el otro corral, zas, sin remision, á silbidos se ha de hundir la casa. A ver....

D.^a MARIQUITA.

¿Y si ellos nos ganasen por la mano, y hacen con la de hoy otro tanto?

D.^a AGUSTINA.

Sí, te parecerá que tu hermano es lerdo, y que ha trabajado poco estos dias para que no le suceda un chasco. Él se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral; ha estado con ellos; les ha recomendado la comedia, y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Además de eso, la Dama de allá le quiere mucho; él va todos los dias á su casa á ver si se la ofrece algo, y cualquiera cosa que allí ocurre, nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame V. un par de libras de manteca. Don Eleuterio, eche V. un poco de alpiste á ese canario. Don Eleuterio, dé V. una vuelta por la cocina, y vea V. si empieza á espumar aquel puchero. Y él, ya se ve, lo hace todo con una prontitud y un agrado, que no hay mas que pedir; porque en fin el que necesita es preciso que.... Y por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa, y es tan servicial con todo el mundo... ¡Qué silbar!... No, hija, no hay que temer; á buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben.

D. HERMÓGENES.

Y sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaria á imponer ta-

D. ELEUTERIO.

Sí, que no estoy en todo. Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

D.^a AGUSTINA.

El *Diario* y la *Gaceta* la han anunciado ya: ¿es verdad?

D. HERMÓGENES.

En términos precisos.

D.^a AGUSTINA.

Pues irán vendidos..... quinientos ejemplares.

D. SERAPIO.

¡Que friolera! Y mas de ochocientos tambien.

D.^a AGUSTINA.

¿He acertado?

D. SERAPIO.

¿Es verdad que pasan de ochocientos?

D. ELEUTERIO.

No señor, no es verdad. La verdad es que hasta ahora, segun me acaban de decir, no se han despachado mas que tres ejemplares; y esto me da malísima espina.

D. SERAPIO.

¿Tres no mas? Harto poco es.

D.^a AGUSTINA.

Por vida mia, que es bien poco.

D. HERMÓGENES.

Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo: porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectivamente. Y así, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia con relacion á nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, tambien estos mismos tres ejemplares relativamente á uno, componen una triplicada cantidad, á la cual podemos llamar mucho, por la diferencia que va de uno á tres.

De donde concluyo que no es poco lo que se ha vendido, y que es falta de ilustracion sostener lo contrario.

D.^a AGUSTINA.

Dice bien, muy bien.

D. SERAPIO.

Que! ¡Si en poniéndose á hablar este hombre!....

D.^a MARIQUITA.

Pues, en poniéndose á hablar probará que lo blanco es verde, y que dos y dos son veinte y cinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán mas que tres?

D. ELEUTERIO.

Es verdad; y en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

D.^a MARIQUITA.

Pues, seis reales: cuando esperábamos montes de oro con la tal impresion. Ya voy yo viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma á la sepultura. (*Llorando.*) ¡Pobrecita de mí!

D. HERMÓGENES.

No así, hermosa Mariquita, desperdicie V. el tesoro de perlas que una y otra luz derrama.

D.^a MARIQUITA.

Perlas! Si yo supiera llorar perlas, no tendria mi hermano necesidad de escribir disparates.

ESCENA III.

D. ANTONIO, D. ELEUTERIO, D. HERMOGENES, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA.

D. ANTONIO.

A la orden de Vds., señores.

D. ELEUTERIO.

¿Pues como tan presto? ¿No dije V. que iria á ver la comedia?

D. ANTONIO.

En efecto, he ido. Allí queda don Pedro.

D. ELEUTERIO.

¿Aquel caballero de tan mal humor?

D. ANTONIO.

El mismo. Que quieras que no, le he acomodado (*Sale Pipí por la puerta del foro con un canastillo de mantelas, cubiertos, etc., y le pone sobre el mostrador.*) en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué! ni luneta, ni palcos, ni tertulia, ni cubillos; no hay asiento en ninguna parte.

D.^a AGUSTINA.

Si lo dije.

D. ANTONIO.

Es mucha la gente que hay.

D. ELEUTERIO.

Pues no, no es cosa de que V. se quede sin verla. Yo tengo palco. Vengase V. con nosotros, y todos nos acomodaremos.

D.^a AGUSTINA.

Si, puede V. venir con toda satisfaccion, caballero.

D. ANTONIO.

Señora, doy á V. mil gracias por su atencion; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empezaba la primer tonadilla; con que....

D. SERAPIO.

¿La tonadilla? (*Se levantan todos.*)

D.^a MARIQUITA.

¿Qué dice V.?

D. ELEUTERIO.

¿La tonadilla?

D.^a AGUSTINA.

¿Pues como han empezado tan presto?

D. ANTONIO.

No, señora; han empezado á la hora regular.

D.^a AGUSTINA.

No puede ser; si ahora serán....

D. HERMÓGENES.

Yo lo diré (*Saca el reloj.*): las tres y media en punto.

D.^a MARIQUITA.

Hombre! ¿qué tres y media? Su reloj de V. está siempre en las tres y media.

D.^a AGUSTINA.

A ver.... (*Toma el reloj de don Hermógenes, le aplica al oído, y se le vuelve.*) Si está parado.

D. HERMÓGENES.

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral....

D.^a MARIQUITA.

Consiste en que está parado, y nos ha hecho V. perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

D.^a AGUSTINA.

Vamos.

D. ELEUTERIO.

¡Cuidado, que es cosa particular! ¡Voto va sanes! La casualidad de....

D.^a MARIQUITA.

Vamos pronto.... ¿Y mi abanico?

D. SERAPIO.

Aquí está.

D. ANTONIO.

Llegarán Vds. al segundo acto.

D.^a MARIQUITA.

Vaya, que este don Hermógenes....

D.^a AGUSTINA.

Quede V. con Dios, caballero.

D.^a MARIQUITA.

Vamos aprisa.

D. ANTONIO.

Vayan Vds. con Dios.

D. SERAPIO.

A bien que cerca estamos.

D. ELEUTERIO.

Cierto que ha sido chasco estarnos así, fiados en....

D.ª MARIQUITA.

Fiados en el maldito reloj de don Hermógenes.

ESCENA IV.

DON ANTONIO, PIPI.

D. ANTONIO.

¿Con que estas dos son la hermana y la muger del autor de la comedia?

PIPI.

Sí señor.

D. ANTONIO.

¡Que paso llevan! Ya se ve, se fieron del reloj de don Hermógenes.

PIPI.

Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

D. ANTONIO.

Serán los del patio, que estarán sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande; y por otra parte, meter cuatro donde no caben mas que dos, es un despropósito: pero lo que importa es cobrar á la puerta, y mas que revienten dentro.

ESCENA V.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPI.

D. ANTONIO.

Calle! ¿Ya está V. por acá? Pues y la comedia ¿en que estado queda?

D. PEDRO.

Hombre, no me hable V. de comedia (*Se sienta.*), que no he tenido ra to peor muchos meses ha.

D. ANTONIO, *sentándose junto á don Pedro.*

Pues ¿qué ha sido ello?

D. PEDRO.

¡Qué ha de ser! Que he tenido que

sufrir (gracias á la recomendacion de V.) casi todo el primer acto, y por añadidura una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasion de escapar, y la aproveché.

D. ANTONIO.

¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

D. PEDRO.

Que cosa peor no se ha visto en el teatro desde que las musas de guardilla le abastecen.... Si tengo hecho propósito firme de no ir jamás á ver esas tonterías. A mi no me divierten; al contrario me llenan de, de.... No señor, menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio, y no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mia, tal vez suspenden y conmueven al espectador en términos de hacerle olvidar ó disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare V. nuestros autores adocenados del dia con los antiguos, y dígame si no valen mas Calderon, Solís, Rojas, Moreto cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razon.

D. ANTONIO.

La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer á ella; pero, dígame V., el pueblo, el pobre pueblo ¿sufre con paciencia ese espantable comediion?

D. PEDRO.

No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una mareta sorda que traía visos de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no

D. PEDRO.

Yo no, porque no tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, á la gloria y á la conservacion de los imperios; el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

D. ANTONIO.

Con todo, cuando se ve que... Pero ¿que novedad es esta?

ESCENA VI.

D. SERAPIO, D. HERMOGENES, D. PEDRO, D. ANTONIO, PIPI.

D. SERAPIO.

Pipí, muchacho; corriendo, por Dios, un poco de agua.

D. ANTONIO.

¿Qué ha sucedido?

(*Se levantan don Antonio y don Pedro.*)

D. SERAPIO.

No te pares en enjuagatorios. Aprisa.

PIPI.

Voy, voy allá.

D. SERAPIO.

Despáchate.

PIPI.

¡Por vida del hombre! (*Pipí va detrás de don Serapio con un vaso de agua. Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él, y deja caer el vaso y el plato.*) ¿Porque no mira V.?

D. HERMÓGENES.

¿No hay alguno de Vds. que tenga por ahí un poco de agua de melisa, elixir, extracto, aroma, álcali volátil, éter vitriólico, ó cualquiera quinta esencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

me atreveré á pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado á oír desatinos, tan garrafales como los de hoy jamás se oyeron.

D. ANTONIO.

¿Qué dice V.?

D. PEDRO.

Es increíble. Ahí no hay mas que un hacinamiento confuso de especies, una accion informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caracteres mal espesados ó mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia, ni de costumbres; no hay objeto moral, no hay lenguaje, ni estilo, ni versificación, ni gusto, ni sentido comun. En suma, es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los dias.

D. ANTONIO.

Y no hay que esperar nada mejor. Mientras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las estravagancias.

D. PEDRO.

Pero ¿no es fatalidad que despues de tanto como se ha escrito por los hombres mas doctos de la Nacion sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices? ¿Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia de esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

D. ANTONIO.

Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni V. ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué harémos? Reir ó rabiarse: no hay otra alternativa... Pues yo mas quiero reir que impacientarme.

D. ANTONIO.

Yo no, no traigo.

D. PEDRO.

Pero ¿qué ha sido? ¿Es accidente?

ESCENA VII.

D.^a. AGUSTINA, D.^a. MARIQUITA,
D. ELEUTERIO, D. HERMOGENES,
D. SERAPIO, D. PEDRO,
D. ANTONIO, PIPÍ.

D. ELEUTERIO.

Sí; es mucho mejor hacer lo que dice don Serapio.

(Doña Agustina muy acongojada, sostenida por don Eleuterio y don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.)

D. SERAPIO.

Pues ya se ve. Anda, Pipí; en tu cama podrá descansar esta señora...

PIPÍ.

Qué! si está en un camarachon que...

D. ELEUTERIO.

No importa.

PIPÍ.

¡La cama! La cama es un jergon de arpillera y...

D. SERAPIO.

¿Qué quiere decir eso?

D. ELEUTERIO.

No importa nada. Allí estará un rato, y veremos si es cosa de llamar á un sangrador.

PIPÍ.

Yo bien, si Vds....

D.^a. AGUSTINA.

No, no es menester.

D.^a. MARIQUITA.

¿Se siente V. mejor, hermana?

D. ELEUTERIO.

¿Te vas aliviando?

D.^a. AGUSTINA.

Alguna cosa.

D. SERAPIO.

¡Ya se ve! El lance no era para menos.

D. ANTONIO.

Pero ¿se podrá saber que especie de insulto ha sido este?

D. ELEUTERIO.

¿Qué ha de ser, señor, qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y mal intencionada que... Vaya! No me hable V. de eso, porque... Picarones! ¿Cuando han visto ellos comedia mejor?

D. PEDRO.

No acabo de comprender.

D.^a. MARIQUITA.

Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mio, marido de esta señora, y autor de esa maldita comedia que han echado hoy. Hemos ido á verla: cuando llegámos estaban ya en el segundo acto. Allí había una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y despues un entierro... En fin, ello es que al cabo de esta tremolina salía la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre; el muchacho decía: Madre, déme V. pan; y la madre invocaba á Demogorgon y al Cancérbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre é hijo.... El patio estaba tremendo. ¡Que oleadas! que toser! que estornudos! que bostezar! que ruido confuso por todas partes!.. Pues señor, como digo, salió la dama, y apenas hubo dicho que no había comido en seis días, y apenas el chico empezó á pedirle pan, y ella á decirle que no le tenía, cuando para servir á Vds., la gente (que á la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo á alborotarse. El ruido se aumen-

D. HERMÓGENES.

Si en algo pudierá contribuir con mi presencia al alivio de Vds., no me movería de aquí; pero...

D.^a. MARIQUITA.

No se vaya V.

D. HERMÓGENES.

Me es muy doloroso asistir á tan acerbo espectáculo: tengo que hacer. En cuanto á la comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexión, consiste en que el autor era un grande hombre; callaré sus defectos...

D. ELEUTERIO.

¿Qué defectos?

D. HERMÓGENES.

Algunos que tiene.

D. PEDRO.

Pues no decía V. eso poco tiempo ha.

D. HERMÓGENES.

Fue para animarle.

D. PEDRO.

Y para engañarle y perderle. Si V. conocía que era mala, ¿porque no se lo dijo? ¿Porque, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapuceras, ponderaba V. el ingenio del autor, y le persuadía que era escélen- te una obra tan ridícula y despreciable?

D. HERMÓGENES.

Porque el señor carece de criterio y sindéresis para comprender la solidez de mis raciocinios, si por ellos intentara persuadirle que la comedia es mala.

D.^a. AGUSTINA.

¿Con qué es mala?

D. HERMÓGENES.

Malísima.

ta; suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas huecas, y tal golpeo en los bancos y barandillas, que no parecia sino que toda la casa se venia al suelo. Corrieron el telon; abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; á mi hermana se la oprimió el corazon, de manera que.... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido ni oido ni visto: en un instante, entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido á un tiempo. ¡Válgame Dios! ¡En lo que han venido á parar tantos proyectos! Bien decía yo que era imposible que...

(Siéntase junto á doña Agustina.)

D. ELEUTERIO.

¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo don Hermógenes, V. bien sabe lo que es la pieza; informe V. á estos señores... Tome V. *(Saca la comedia, y se la da á don Hermógenes.)* Léales V. todo el segundo acto, y que me digan si una muger que no ha comido en seis dias tiene razon de morir, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan á su madre. Lea V., lea V., y que me digan si hay conciencia ni ley de Dios para haberme asesinado de esta manera.

D. HERMÓGENES.

Yo, por ahora, amigo don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama. *(Deja la comedia sobre la mesa. Pipí la toma, se sienta en una silla distante, y lee con particular atencion y complacencia.)* Estoy de prisa. Nos veremos otro dia, y...

D. ELEUTERIO.

¿Se va V.?

D.^a. MARIQUITA.

¿Nos deja V. así?

D. ELEUTERIO.

¿Qué dice V.?

D. AGUSTINA.

V. se chancea, don Hermógenes: no puede ser otra cosa.

D. PEDRO.

No señora, no se chancea: en eso dice la verdad. La comedia es detestable.

D. AGUSTINA.

Poco á poco con eso, caballero; que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que V. nos lo venga á repetir de ese modo. V. será de los eruditos que de todo blasfeman, y nada les parece bien sino lo que ellos hacen; pero....

D. PEDRO.

Si V. es marido de esa (*A don Eleuterio.*) señora, hágala V. callar; porque aunque no puede ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta á hablar de lo que no entiende.

D. AGUSTINA.

¿No entiendo? ¿Quien le ha dicho á V. que....

D. ELEUTERIO.

Por Dios, Agustina, no te desazones. Ya ves (*Se levanta colérica, y don Eleuterio la hace sentar.*) cómo estás... ¡Válgane Dios, señor! Pero, amigo (*A don Hermógenes.*), no sé qué pensar de V.

D. HERMÓGENES.

Piense V. lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de V., y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque, como dice Platon y el abate Lampillas....

D. ELEUTERIO.

Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que V. me ha engañado como un chino. Si yo me aconsejaba con

V.; si V. ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si V. me ha exhortado á concluir las otras que tengo manuscritas; si V. me ha llenado de elogios y de esperanzas; si me ha hecho V. creer que yo era un grande hombre, ¿como me dice V. ahora eso? ¿Como ha tenido V. corazon para esponerme á los silbidos, al palmoteo, y á la zumba de esta tarde?

D. HERMÓGENES.

V. es pacato y pusilánime en demasía.... ¿Porque no le anima á V. el ejemplo? ¿No ve V. esos autores que componen para el teatro, con cuanta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven á escribir: vuelven á silbarlos, y vuelven á escribir.... ¡Oh almas grandes, para quienes los chiflidos son arrullos, y las maldiciones alabanzas!

D. MARIQUITA.

¿Y qué quiere V. (*Levántase.*) decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar mas. ¿Qué quiere V. decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez....

D. HERMÓGENES.

Lo que quiero decir es que estoy de prisa y me voy.

D. AGUSTINA.

Vaya V. con Dios, y haga V. cuenta que no nos ha conocido. Picardia! No sé como (*Se levanta muy enojada, encaminándose hácia don Hermógenes, que se va retirando de ella.*) no me tiro á él.... Váyase V.

D. HERMÓGENES.

¡Gente ignorante!

D. AGUSTINA.

Váyase V.

D. ELEUTERIO.

Picáron!

D. HERMÓGENES.

¡Canalla infeliz!

ESCENA VIII.

DON ELEUTERIO, DON SERAPIO, DON ANTONIO, DON PEDRO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, PIPI.

D. ELEUTERIO.

¡Ingrato, embustero! ¡Despues (*Se sienta con ademanes de abatimiento.*) de lo que hemos hecho por él!

D. MARIQUITA.

Ya ve V., hermana, lo que ha venido á resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazon.... Mire V. qué hombre: despues de haberme traído en palabras tanto tiempo, y lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que á lo menos es hombre de bien y no sabe latin ni se mete en citar autores, como ese bribon..... ¡Pobre de mí! con diez y seis años que tengo, y todavía estoy sin colocar: por el maldito empeño de Vds. de que me habia de casar con un erudito que supiera mucho.... Mire V. lo que sabe el renegado (Dios me perdone): quitarme mi acomodo, engañar á mi hermano, perderle, y hartarnos de pesadumbres.

D. ANTONIO.

No se desconsuele V., señorita, que todo se compondrá. V. tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que las que ha perdido.

D. AGUSTINA.

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

D. ELEUTERIO.

La paciencia (*Se levanta con viveza.*) la necesito yo, que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

D. AGUSTINA.

Pero hombre, ¿que no has de reflexionar....

D. ELEUTERIO.

Calla, muger; calla por Dios, que tú tambien....

D. SERAPIO.

No señor: el mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo.. Pero yo le aseguro al guarnicionero y á sus camaradas que si llegamos á pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar no le.. La comedia es buena, señor; créame V. á mí: la comedia es buena. Ahí no ha habido mas sino que los de allá se han unido, y....

D. ELEUTERIO.

Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que á mí me....

D. PEDRO.

¿Todavía está V. en esa equivocacion?

D. ANTONIO, *aparte á don Pedro.*

Déjele V.

D. PEDRO.

No quiero dejarle: me da compasion.... Y sobre todo, es demasiada necedad despues de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Que motivos tiene V. para acertar? ¿Qué ha estudiado V.? ¿Quien le ha enseñado el arte? ¿Que modelos se ha propuesto V. para la imitacion? ¿No ve V. que en todas las facultades hay un método de enseñanza, y unas reglas que seguir y observar; que á ellas debe acompañar una aplicacion constante y laboriosa; y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? ¿Pues por donde V.,